LEOPOLDO DE LUIS

Nació en Córdoba, en 1918. Reside habitualmente en Madrid. Destacado poeta de la llamada "Primera Generación de la Postguerra", dirigió la Colección Mensajes. Ha publicado numerosos libros de poesía que han merecido importantes distinciones, como el Premio Nacional de Literatura. Crítico literario y antólogo. Ha sido biógrafo de Vicente Aleixandre y Antonio Machado, y reconocido especialista en Miguel Hernández, del que fue amigo y compañero, y de Léon Felipe.

VIAJE

Han subido unos lentos campesinos
con ojos claros y mirar distante.
En esta roja tierra que delante
de nosotros está se abren caminos

hacia sus soledades jornaleras
donde el pan se defiende con las hoces.
Van mirando en silencio. Sólo voces
de mudez en sus ojos, prisioneras,

calladas, se adivinan. Cotidianos
surcos fueron dejando los aperos
en sus manos. Hay gritos prisioneros,
callados en sus ojos y en sus manos.

El arado del sol diariamente
atravesó sus rostros como un haza.
Un clamor mudo, sordo, se amordaza
en sus ojos, sus manos y su frente.

Baja el tren hacia el mar y una sonrisa
de espuma estará dando a Andalucía
su "claridad salada", su alegría
y hermosura. Hacia el sur el tren, de prisa,

baja dejando atrás campos de olivos
y eras quemadas, pitas y rastrojos,
paisajes que se copian en los ojos
de estos hombres que callan. Fugitivos

árboles, piedras, lomas... La ventana
del mar desde la brisa y los esteros.
Bajan mis silenciosos compañeros:
los viste el libre azul de la mañana.

LEOPOLDO DE LUIS

Viaje

Han subido unos lentos campesinos
con ojos claros y mirar distante.
En esta roja tierra que delante
de nosotros está, se abren caminos

hacia las soledades jornaleras
donde el pan se alpiste con las horas.
Van mirando en silencio. Sólo voces
de mudez en sus ojos prisioneros,

callados, se adivinan. Cotidianos
surcos fueron dejando los aperos
en sus manos. Hay gritos prisioneros,
callados en sus ojos y en sus manos.

El arado del sol diariamente
atravesó su rostro como un haza.
Un clamor mudo, sordo, se amordaza
en sus ojos, sus manos y sus frentes.

Baja el tren hacia el mar y una sonrisa
de espuma estará dando a su dalmesía
su claridad salada, su alegría
y hermosura. Hacia el sur el tren, deprisa,

baja dejando atrás campos de olivos
y eras quemadas, pitas y rastrojos,
paisajes que se esfuman en los ojos
de estos hombres que callan. Fugitivos

árboles, piedras, lomas... La ventana
del mar desde la brisa y los esteros.
Bajan mis silenciosos compañeros:
los viste el libre azul de la mañana.

Leopoldo de Luis